

*A Emiliana López Saavedra,
un amor que ya va por el cuarto nieto.*

Sumario

La historia de este libro	15
I - La muerte del Che	23
9 de octubre	23
10 de octubre	23
La versión definitiva	24
De Alta Gracia a Sierra Maestra	29
II - El aventurero	31
El yerbatal de Misiones	32
Primer ataque de asma	34
Formación del carácter	35
Manías peligrosas	36
Factores psicossomáticos	37
Un Guevara asesinado	38
La casa de Alta Gracia	39
Hincha de Rosario Central	41
Llegan los Aguilar	42
El año '39	43
El Colegio Nacional	44
Barral, otro amigo republicano	45
Los Guevara, buscadores de oro	46
Los Lynch, terratenientes	48
Personalidad de medio-scrum	49
El temor al nazismo	51
El año '45	52
Dos amores imposibles	53
Los sofisticados estancieros	54
El tango y el rugby	56
El mate, el ciclismo y la aviación	57
El antiperonismo de sus padres	58
Doce provincias en bicicleta	60

La amistad con Granado	61
La gran aventura en moto	62
Descanso en Machu Picchu	63
El regalo de los leprosos	65
En balsa por el Amazonas	65
Campeones de fútbol en Colombia	66
El <i>rush</i> de las doce materias	68
El nuevo rumbo	69
En La Paz, con los antiperonistas	70
El asalto al Moncada	72
Perú, Ecuador, Colombia	74
Panamá: otra vez de a pie	76
Sorpresas en Costa Rica	77
A quedarse en Guatemala	79
La caída de Arbenz	82
III - El guerrillero	89
La amistad con Raúl Castro	90
El plan de Fidel	93
Fondos para el 26 de Julio	94
Nace El Che	96
A derrocar a Batista	97
Una odisea en el <i>Granma</i>	99
Desembarco y tiros	101
Un código de moral	105
El primer triunfo	107
Deserciones, desbandes y paludismo	109
Con Frank País y Herbert Matthews	112
Los peores días	113
Un incidente	115
Médico en la selva	116
Armas y publicidad	117
Discusiones con Fidel	119
El Uvero	120
Una actitud heroica	121
Ahora también la odontología	123
La estrella de comandante	125
Los festejos del 26	126
Salvada milagrosa	128

IV - El comandante	133
Un pacto desautorizado	134
También un periódico	136
Balance de recuerdos	137
Radio Rebelde empieza a transmitir	138
Huelga general	140
Se afianza el ejército	142
Un documento conjunto	143
La campaña de Las Villas	144
Llegan las armas	146
Sin zapatos, sin comida y con sueño	147
“Estamos todos muertos”	149
Descanso reconfortante	150
La muy sabrosa carne de yegua	151
Reunificar fuerzas	153
Cuba y Estados Unidos	154
La ofensiva final	156
¡A Santa Clara!	157
La batalla decisiva	159
Huye Batista	160
Hay que asegurar la victoria	163
La imagen del Che en Buenos Aires	164
Aleida, la guerrillera	166
De Cuba a Punta del Este	169
V - El político	171
Cambios en Estados Unidos	171
¿A pelear contra Trujillo?	172
La imagen de Cuba	173
Adams, Jefferson y Canning	174
Martí, el <i>Maine</i> y Platt	175
Confesiones de Butler	176
“Cubano de nacimiento”	178
Proyecciones sociales del Ejército	179
Un informe del Banco Mundial	181
Datos económicos y humanos	182

El hambre de los campesinos	183
Diez años es demasiado	185
Celia quiere saber todo	187
Exceso de trabajo y asma	188
El paredón y el cerebro	189
¿Convivir con Estados Unidos?	191
A vender la imagen de la Revolución	194
Viaje al Tercer Mundo	195
Euforia en Cuba y expectativa en Estados Unidos	195
Desaparece Camilo Cienfuegos	197
El tercerismo: un buen negocio	198
Dos nuevos cargos	200
El economista	200
La guerra de guerrillas	201
Información para el enemigo	203
Reencuentro con Granado	204
Notas para la ideología	205
El ministro de Industrias	208
Ruptura de relaciones y sondeos	210
Un libro y dos cartas	212
Celia escribe en <i>La Vanguardia</i>	213
El triunfo de Palacios	214
Con Martínez Estrada	215
Kennedy se decide por la invasión	218
Bahía de Cochinos (o Playa Girón)	219
Ahora, a ganarle a los comunistas	220
“Les honneurs, ca m’enmerde”	222
Fracasa un atentado	222
Fidel insiste en negociar	223
Punta del Este	224
“Hay ayuda gracias a Cuba”	226
“Hay 500 millones, no 20.000”	227
La planificación de la letrina	228
¡Huevos!	230
Fronidzi planea una entrevista	231
“No podemos esperar quinientos años”	232
“La guerra no nos conviene”	234
El viaje a la Argentina	235
En Olivos con Frondizi	236
El Che “derroca” a Quadros	239

De la Revolución a la Leyenda	245
VI - El socialista	247
Fallas en la agricultura	247
Expulsión de la OEA	248
Los cohetes rusos	249
Volver a empezar	251
¿Estímulos materiales o morales?	252
Calentura tropical y revolucionaria	253
Las guerrillas: un método	255
El <i>hombre nuevo</i>	256
Un rótulo: chinófilo	257
En USA y URSS, en la UN	259
Visitas a Ghana, Guinea y Malí	261
Argel, un reto a los rusos	262
Viaje secreto a China y exigencias de Mao	264
El socialismo y el hombre	265
Sentimientos de amor y sacrificio	267
VII - El revolucionario	269
Llevar la revolución a otra parte	270
Despedida de los viejos	272
Adiós a <i>Pepe</i> y a <i>Alberto</i>	272
La renuncia formal	273
Fidel lo despide	275
"A mis hijos"	276
Los bolcheviques en acción	277
Rumbo al Congo	277
Nace la Tricontinental	278
Argentina, el gran objetivo	279
Adolfo Mena, un señor calvo	280
El plan de los hermanos Peredo	281
Con las piezas en el tablero	282
Las condiciones de Mario Monje	283
Los uniformes y el "cemento"	284
Llegan Debray, <i>Tania</i> y Bustos	285
Se abre el fuego	286
Mensaje a la Tricontinental	288

Debray debe irse	289
Lo que no se imaginaban los militares	290
Barrientos recibe ayuda	291
El combate de Iripití	292
Caen Debray y Bustos	294
Ultimo esfuerzo por obtener apoyo	294
Exitos y arengas	296
El ardid de Samaipata	297
El cerco se cierra	298
Caen <i>Joaquín y Tania</i>	299
La Higuera: último reducto	300
La captura	301
“¡Tenemos a <i>Papá!</i> ”	302
Las pruebas de la ejecución	303
Todos se lavaban las manos	303
La orden de ejecución	304
Los policías que identificaron las manos	306
VIII - El mito	309
Roberto Guevara en La Habana	309
“¡Que sean como El Che!”	310
Debray acusa a los comunistas	310
Las probabilidades de una traición	311
El guevarismo, una táctica	312
San Ernesto de La Higuera	312
El diario de campaña	313
La autodefinition	315
Indice de nombres	317

LA HISTORIA DE ESTE LIBRO

Ni la primera edición (1968) ni las sucesivas cuatro reimpressiones (aparecidas entre ese año y 1973) de *El Che Guevara* llevaban un prólogo. No lo tenían porque no hacía falta explicar nada. Pero desde aquella primera edición han pasado veintiocho años y muchas cosas en nuestro país, y me pareció razonable incorporar al texto esta pequeña historia, contar cómo fue la elaboración del libro en sí, el interés que despertó y las prohibiciones que finalmente afectaron tanto a la obra como al autor.

Como me considero intelectualmente honesto –no por acertado sino por sincero–, me parece fundamental aclarar que la idea de escribir una biografía de Ernesto Che Guevara no fue mía sino de Jaime Berstein, por entonces director de Editorial Paidós junto con Enrique Butelman. Ambos me habían convocado en 1967 para dirigir una colección de pequeñas biografías de figuras políticas escritas por periodistas. Naturalmente me entusiasmé. Tenía treinta y cuatro años, integraba la redacción de la revista *Primera Plana* y la dirección de esa colección significaba un desafío profesional nuevo para mí. Apenas comencé a trabajar en el proyecto, la noticia de la muerte del Che en Bolivia nos sacudió a todos. Berstein me llamó enseguida para pedirme que incluyera urgente una biografía del Che en la lista de títulos. Por lo fascinante y complejo del personaje y del entorno que reflejaría el libro (la Revolución Cubana, especialmente), propuse contratar a un periodista famoso para hacer realmente un buen libro. Berstein escuchó un rato mi argumentación hasta que me cortó con esta respuesta: “No, no busquemos a nadie. Escríbala usted. Y no perdamos tiempo. Póngase a trabajar ya mismo. El otro proyecto quedará para después”.

De la sorpresa pasé a la excitación. Salí a revolver archivos –empezando por el mío y el de la revista–, a recopilar la mayor cantidad de información, como si se tratara de una gran nota periodística. Sólo que esta vez debía escribir no menos de cien carillas, sin el menor margen de improvisación, chequeando y rechequeando todos los datos, “porque los libros quedan para siempre; no sirven para envolver la lechuga, como los diarios de ayer, ni van a la molienda para reciclarse en papel higiénico, como las revistas de la semana pasada”, según me había enseñado con su inolvidable ironía Osiris Troiani, uno de los grandes de aquel periodismo tan serio como transgresor de entonces. Llevaba un fichero cronológico de episodios con todos los datos que iba acumulando, para evitar el caos y ordenar la información. Cuando empecé a escribir advertí enseguida que el texto se alargaría más de lo previsto y que el fichero iba a adquirir dimensiones embarazosas, alimentado no sólo por mí sino también por amigos que viajaban a Cuba y a Europa y me traían recortes, libros y testimonios inéditos sobre Guevara. Berstein, constituido en médico partero, revisaba cada carilla de los originales con extrema dedicación y me apuraba como un jefe de redacción en hora de cierre.

El libro apareció exactamente a los nueve meses, en junio de 1968, luego de los tres meses que demandó la intensa investigación, los cuatro de redacción definitiva y los sesenta días necesarios para la impresión gráfica. No hubo feriados ni vacaciones durante ese período, ni para mí ni para mi esposa Emiliana, que se encargaba de sacar de nuestro departamento de Juan Bautista Alberdi y Pumacahua a nuestros dos infiernos –Gabriela de seis años y Verónica de cinco–, para que yo pudiera seguir acribillando carillas con la ruidosa Olivetti Lettera, día y noche, ignorando los airados chistidos vecinales. Cuando concluí el índice bibliográfico me di cuenta de todo lo que había acumulado, revisado y leído en esos pocos meses. A la ansiedad característica del oficio de periodista había que sumarle la del autor novato que publica un libro por primera vez en su vida, para explicar esa hiperactividad sin descanso.

Apenas llegó a las librerías la primera edición se agotó. Amalia Baigorria –promotora de la editorial– recorría entusiasmada las redacciones de diarios y revistas: el libro era bien recibido. Pero el primer gran impacto para mí tuvo lugar en *Primera Plana*, que lideraba el mercado de revistas de opinión con su estilo mordaz (y a veces sober-

bio o tilingo pero siempre mejor informado y más audaz que sus competidoras). A la sorpresa de que uno de los redactores más oscuros de la revista –casi todos eran brillantes– produjera un best-seller de la noche a la mañana le sucedió, también de la noche a la mañana, el comentario del propio director, Ramiro de Casasbellas, quien me dijo: “Me llevé tu libro a la cama y no lo pude soltar. Está muy bien”. Escuchar eso de quien era capaz de estrellar una pizza contra la pared porque descubría dos datos erróneos en una misma carilla o de romper un teléfono porque le informaban mal desde el archivo, era para un periodista como recibir el Nobel de Literatura.

A pesar de la bendición, no hubo crítica bibliográfica en la revista, porque en *Primera Plana* se había establecido la norma –absurda– de no comentar los libros publicados por sus redactores. Sólo se admitió que *El Che Guevara* figurara en el ranking de best-sellers si así lo certificaban las librerías consultadas. En el curso de pocas semanas el libro trepó al primer lugar, no solamente en esa revista sino también en el suplemento cultural de *Clarín* y en la sección literaria del semanario *Análisis*. Los comentarios fueron muy favorables en medios como *La Nación*, *Siete Días*, *Claudia*, *Confirmado*, *Propósitos*, *Inédito*, *Correo de la Tarde* y *La Vanguardia*. Todos recomendaban su lectura, nadie intentaba destruirlo. Hasta que lo descubrieron los sagaces agentes de la División de Investigaciones Policiales Antidemocráticas (DIPA).

Estos buenos muchachos (quienes en una desapacible tarde de agosto de 1969 irían democráticamente a clausurar las antidemocráticas oficinas de *Primera Plana* por orden del general Onganía) recorrieron las librerías céntricas para secuestrar la tercera edición de *El Che Guevara*. Quedaban muy pocos ejemplares y estaba en marcha la cuarta impresión, cuando se declaró que la lectura de ese y otros libros era pernicioso para la salud intelectual del pueblo y, en un ostentoso operativo, se destruyeron los pliegos impresos y los ejemplares decomisados de *El Che Guevara*, así como de *Planificación y desarrollo*, de Lange; *Elites y clases dominantes*, de Paul Sweezy; y *Fusiles para rescatar la tierra*, de Willy S. Taylor. Todos peligrosísimos, sobre todo el último: una atrapante novela del Lejano Oeste norteamericano. Felizmente, las purificadoras llamas de DIPA no alcanzaron los Estados Unidos, donde el crítico John Womack Jr. acababa de escribir en *The New York Review of Books*: “Hay varias biografías sobre Guevara, con rebuscadas interpretaciones y muchos errores en

los datos; en cambio, la de Gambini es la más objetiva y seria, pues ha sido elaborada con suma prolijidad”.

Cinco años después, en julio de 1973 –instalada nuevamente la democracia–, apareció por fin aquella postergada cuarta edición, y volvió a agotarse. Luego de lanzarse la quinta hubo que detenerse, porque los editores fueron advertidos –lo que quiere decir amenazados– por los buenos muchachos de las Tres A, más democráticos todavía que los de DIPA. Como muchos otros colegas supe entonces que me había convertido en una persona peligrosa, no solamente escribiendo sino también hablando por radio o televisión, y fui prohibido, esta vez por los buenísimos muchachos de la SIDE (Secretaría de Informaciones del Estado), quienes construyeron un magnífico prontuario, que tuve la suerte de leer en 1983 y donde se revelaba, por ejemplo, que “formaría parte del comité comunista de San Isidro”, y que “en enero de 1948 se dedica a la venta de bonos para recaudar fondos para el partido”.

Reconozco que a esa edad –en 1948 yo tenía trece años– mis lecturas eran clandestinas. Compraba a escondidas la revista *Dinamita* (que trataba de explosivos, claro) y por las noches Jane Russell, Hedy Lamarr y Rita Hayworth estallaban en mi mente –y en mi mano– junto con otras bombas de fabricación nacional. Del barrio de San Isidro, en cambio, sólo sabía, por un tío muy burrero, que había un hipódromo, pero nunca había estado por ahí porque apenas estaba autorizado a salir de Floresta con mis pantalones cortos rumbo al colegio nacional, en Flores, y a las cercanas canchas de Vélez (en Liniers) y de Ferro (en Caballito), todo por Rivadavia y en tranvía. Por supuesto que los muchachos de la SIDE agregaron a mi prontuario la autoría de *El Che Guevara*, que encajaba como anillo al dedo con mis “antecedentes comunistas”. De lo que realmente había sido mi militancia juvenil (en el centro de Flores del Partido Socialista), de mi iniciación en el periodismo (en *La Vanguardia*, dirigida por Alicia Moreau de Justo), y de mis audaces incursiones oratorias en la tribuna callejera (acompañando al maestro Alfredo L. Palacios) decían poco y nada. Les importaba mucho más mi candidatura a presidente de Vélez Sarsfield en 1979 y lo que dije en una cena partidaria sobre “el cambio de mentalidad futbolística” que necesitaba el club. Les debe de haber parecido un caso de terrible penetración ideológica, porque lo incluyeron en el expediente.

Lo cierto es que la conclusión de la SIDE fue contundente: “Re-

gistra antecedentes ideológicos marxistas, que hacen aconsejable su no ingreso y/o permanencia en la administración pública. No se le debe proporcionar colaboración. No debe ser auspiciado por el Estado. (Fórmula 4.) Origen CAA, Legajo 11.171". Después sabría que "Fórmula 4" significaba la exclusión lisa y llana de la radio y la televisión, oficial y privada, pues no sólo fui vetado en los cuatro canales estatales. En 1979 me echaron del noticiero de Canal 13 y no pude entrar a ningún otro porque –según me confió un marino–: "Los de Ejército te pusieron en la lista negra". Ese año tampoco me renovaron contrato en la privada Radio Continental, donde conducía a la mañana *Dos en la noticia* con el colega Silvio Huberman. Ni siquiera pude participar en los programas a los que me invitaban a discutir sobre deportes, como *Polémica en el fútbol* en Canal 11, pues una tarde me sacaron del aire al concluir el primer bloque por una "terminante orden de arriba".

Mi actividad se concentró en esos años en la revista *Redacción*, que fundamos con Emiliana en 1973 –y que seguimos dirigiendo juntos–, en la que siempre publiqué mis opiniones con toda claridad.

Cuando escribí este libro era un periodista del montón. Tres décadas después me conoce más gente por mi trayectoria en los medios gráficos y audiovisuales –estos últimos únicamente con la democracia– y todos saben que soy un discutidor frontal, muy apasionado en la defensa de mis ideas, así me inviten a una mesa redonda de nivel académico o a la mesa de café de *Polémica en el bar*. Siempre voy a decir lo que pienso, aunque me ponga a todos en contra, porque no me achico y trato de ser lo más coherente posible. Tal vez por eso hay una frase del Che que siempre me llegó íntimamente. Es la que escribió a sus hijos en la carta de despedida: "Su padre es un hombre que actúa como piensa y, seguro, leal a sus convicciones".

Esa conducta me conmueve. Jamás he disparado un tiro ni me atrevería a convivir rodeado de bichos en la selva; he desaprobado siempre la insurrección armada –aunque los muchachos de la SIDE piensen lo contrario–; pero no puedo ignorar a quien predicó siempre su revolución con el ejemplo antes que con los libros, ni dejar de sentir admiración, aun en el disenso, por todo ese romanticismo que llevó al Che a convertirse en una leyenda. Me resulta imposible sus-traerme a tanta bravura y tanto idealismo.

Finalmente, así como en la primera edición agradecía a los periodistas Julio Algañaraz y Leda Orellano sus valiosos aportes, ahora es

el turno de reconocer la invaluable colaboración del profesor Miguel Mazzeo, quien me ayudó a retocar y mejorar sustancialmente esta sexta edición, y a la profesora María del Carmen Ariet García, por su espontáneo interés en agregar nuevos datos históricos.

HUGO GAMBINI
Buenos Aires, 1996

Oigo a un hombre de ingénita sinceridad, llano y transparente, que cautiva entregándose y que inspira seguridad. Guevara olvidó cuanto aprendió y sabe. Y vive de nuevo una vida que no le pertenece. Ojalá pudiera yo hacer lo mismo.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

I

La muerte del Che

9 de octubre

–Ah... ¿venís a matarme, chango? Claro, te mandaron a vos... Después decile a tu coronel que *Che* se escribe sin acento ortográfico, que lo que puso en este pizarrón está mal... Esperate un poco. Me duele la herida de la pierna, pero quiero estar de pie. ¡Ahora vas a ver cómo muere un macho! ¡Tirá ahora, carajo!

(Disparos.)

–La orden fue cumplida, mi coronel.

–A ver, déjeme entrar... Pero... ¿le dio el tiro de gracia, sargento?

–Sí, mi coronel. En el medio del corazón.

–¿Está seguro, sargento? Fíjese en los ojos...

–¡Está muerto, mi coronel! Puede entrar...

10 de octubre

La cabeza de Ernesto *Che* Guevara descansaba sobre una tabla, con la melena colgando hacia atrás y los ojos abiertos. Su cuerpo semidesnudo, estirado sobre la piletta de un lavadero, soportaba inmóvil la tormenta eléctrica que le descargaba una nube de fotógrafos. Cada disparo de flash era como una nueva ejecución; sin embargo, esos relámpagos producían un efecto extraño, pues al rebotar en sus pupilas parecían devolverle el brillo natural a sus ojos. Cegaban, en cambio, a los oficiales apretujados detrás de él para salir en las fotos.

(Algunos disimulaban, señalándole las heridas; otros, más sinceros, esperaban sonrientes cada disparo.)

Los fogonazos (y los parpadeos de los militares bolivianos) se prolongaron casi veinticuatro horas. Después hubo que llevárselo porque venía un hermano del Che a identificarlo y seguramente a reclamar el cadáver. Entonces lo hicieron desaparecer. Y como sólo se necesitaban las manos para cotejar las huellas digitales con la ficha policial, alguien las cortó de un par de hachazos.

Esas veinticuatro horas de exposición en Vallegrande habían sido decisivas. El rostro del Che empezó a asomarse por la ventana que le abrían millones de diarios. Recorría el mundo con su boca entreabierta y sus ojos encendidos, multiplicándose en las tapas de las revistas y en los afiches políticos. Ya era imposible esconderlo.

La versión definitiva

Sobre la muerte del Che se tejieron varias teorías, pero la verdad quedó revelada cuando el ex ministro de Gobierno de Bolivia, Antonio Arguedas –fugado por entregar fotocopias del Diario del Che y acusado de agente doble– reveló las averiguaciones que había hecho como ministro entre los soldados bolivianos. Arguedas contó todo a un corresponsal cubano de la agencia noticiosa Prensa Latina. Su versión confirma, en parte, la escena imaginada y relatada al comienzo de este libro –en su primera edición–, la que había sido concebida con los escasos datos obtenidos antes de esa declaración.

Esta es la versión de Arguedas:

El domingo 9¹ de octubre, a las dos de la tarde, el presidente Barrientos y el general Ovando recibieron la información de la captura del comandante Guevara. Hubo una reunión del alto mando militar en la que estuvieron, además de Barrientos y Ovando, los generales Juan José Torres y Marcos Vázquez Sempértegui; los comandantes de las fuerzas naval y aérea; el jefe de la CIA en Bolivia, John S. Tilton, y el jefe de la misión militar norteamericana. En esa reunión se analizaron los hechos y se decidió lo que iban a hacer con Guevara. Fueron los generales Torres y Vázquez Sempértegui quienes presentaron la moción de ejecutarlo. Ninguno de los presentes se opuso al proyecto. Callaron. Poco tiempo después, el general Ovando transmitía a Valle Grande esta orden: “Salu-

den a *Papá*". *Papá* era el sobrenombre en clave asignado al Che. La orden se transmitió por radio.

En mi país, de acuerdo con la Constitución, no existe la pena de muerte. Además, el delito de guerrillas no está tipificado en la legislación boliviana, sino en la llamada Ley de Seguridad del Estado, que es inconstitucional. Un tribunal burgués, con sólo respetar el ordenamiento jurídico, se hubiera visto obligado a absolver de culpa al comandante Guevara. Creo que, si bien la decisión de su muerte –según me dijo Barrientos– fue “iniciativa de dos generales de escasas luces”, es probable que ellos captaran, más que nadie, el mandato imperialista de acabar con el comandante guerrillero. La perfidia del general Ovando radica en que, además de haber impartido la orden para la ejecución del Che, ha intentado mellar el prestigio del guerrillero, atribuyéndole la frase “He fracasado”.

Si bien el mando militar demostraba su satisfacción por la victoria obtenida, tanto los soldados como los pobladores de La Higuera, comenzaron a intuir la proximidad del trágico fin de los prisioneros y su impotencia para cambiar una situación que veían injusta. Jefes, oficiales y suboficiales brindaban con vasos de cerveza y vociferaban que la captura del Che significaba la derrota del movimiento guerrillero. Fue en ese ambiente que el coronel Miguel Ayoroa Montano recibió la orden que lo conminaba a “saludar a *Papá*”. El coronel se la transmitió al teniente Pérez Panoso y éste, a su vez, al suboficial Mario Terán Ortuño y al sargento Bernardino Huanca.

Inicialmente se pretendió simular un motín entre la tropa para que, en la confusión, El Che fuese muerto. Se daría así al asesinato cierto aspecto de legalidad; pero los soldados, obrando con inteligencia y nobleza, se resistieron a obedecer la argucia de los oficiales y por eso se tuvo que recurrir a Terán y Huanca como último recurso.

Los victimarios empuñaron sus carabinas M-1. En el *lacay* –término que significa *construcción ruinoso*, en lengua aymará– que estaba al lado del encierro del Che, yacía amarrado *Willy Cuba*. Cuando Terán apareció frente a él, *Willy* comenzó a insultarlo y aquél le disparó un tiro en la cabeza. Lo mismo hizo Huanca con Aniceto Reynaga, encerrado en un aula vecina a la del Che. Mario Terán Ortuño fue señalado por el destino para matar al comandante Guevara.

Cuando *Willy* expiraba, Terán salió del *lacay* pensando en su próxima víctima. Pero como consideró que su arma no sería lo suficientemente eficaz para abatir al coloso, desvió su camino y se dirigió hasta el lugar donde estaba el teniente Pérez Panoso para reclamarle una carabina M-2, de esas que descargan ráfagas.

Terán es un hombre bajito, de un metro con sesenta centímetros de altu-

ra. Debe pesar unos sesenta y cinco kilos; es de nariz afilada, bigote rallo, tez morena y ojos pequeños de color castaño. Lo conocí a principios de 1968, mientras yo preparaba unos apuntes sobre la guerrilla, para tener un mejor conocimiento de la misma. Un oficial me dijo que en esos días se encontraba en La Paz el victimario del Che Guevara y quise conocerlo. El oficial dijo a Terán que me viniera a ver, que a lo mejor yo podría ayudarlo a resolver el problema que lo había llevado hasta la capital. Terán vino a mi despacho y me contó que el gobierno había prometido premiarlo por su acto, pero sucedía que el beneficiario había sido otro Terán y que a él solamente le habían entregado un reloj ordinario "de esos que apenas valen ochenta pesos". En la confusión, el otro Terán había sido enviado a estudiar con los Boinas Verdes, disfrutando de una beca.

Le pregunté cómo había sido el episodio de la ejecución y Terán me hizo este relato: "Cuando llegué al aula, El Che estaba sentado en un banco. Al verme dijo: *Usted ha venido a matarme*. Yo me sentí cohibido y bajé la cabeza sin responder. Entonces me preguntó: *¿Qué han dicho los otros?* Le respondí que no habían dicho nada y él comentó: *¡Eran unos valientes!* Yo no me atrevía a disparar. En ese momento vi al Che grande, muy grande, enorme. Sus ojos brillaban intensamente. Sentía que se me echaba encima y cuando me miró fijamente, me dio un mareo. Pensé que con un movimiento rápido El Che podría quitarme el arma. *¡Póngase sereno –me dijo– y apunte bien!* *¡Va usted a matar a un hombre!* Entonces di un paso atrás, hacia el umbral de la puerta, cerré los ojos y disparé la primera ráfaga. El Che, con las piernas destrozadas, cayó al suelo, se contorsionó y comenzó a regar muchísima sangre. Yo recobré el ánimo y disparé la segunda ráfaga, que lo alcanzó en un brazo, en un hombro y en el corazón. Ya estaba muerto".

Cuando esto sucedía, el general Ovando ya se encontraba en Valle Grande, impaciente porque el cadáver del Che no llegaba. Quería mostrarlo cuanto antes a la prensa nacional e internacional; pero había calculado mal (por las demoras en La Higuera para ejecutar al guerrillero), pues mientras Ovando volaba a Valle Grande con los periodistas, El Che aún estaba con vida.

Después de morir, el cadáver de Guevara fue arrastrado, aún caliente, hasta una camilla y llevado al sitio donde sería recogido por un helicóptero. El aula quedó con el suelo y las paredes manchadas de sangre, pero ninguno de los soldados quería limpiarla. Lo hizo un sacerdote alemán, al que habían avisado de la ejecución. Pacientemente lavó las manchas y luego guardó en un pañuelo los proyectiles que habían segado la vida del Che.

Apenas llegó el helicóptero, la camilla fue atada a uno de los patines y el

cuerpo, aún vestido con su campera de guerrillero, fue envuelto en un lienzo blanco. Como transcurrieron pocos minutos entre la muerte y el arribo a Valle Grande, el cuerpo aún no tenía la rigidez de un cadáver; pero ninguno de los periodistas allí presentes advirtió este hecho, ni se acercaron para comprobar la reciente ejecución y las contradicciones con las noticias oficiales. El primero en acercarse a la máquina fue el agente de la CIA Eduardo *Eddy* González (un cubano que en La Habana había regentado un cabaret en la época de Batista), pero lo hizo para darle una bofetada al muerto.

Con el cuerpo del comandante Guevara se hicieron mutilaciones y con sus efectos, algunos repartos. Su voz quedó enlatada en los Estados Unidos²; su diario de campaña y otros documentos quedaron en poder de las Fuerzas Armadas. El fusil fue a parar a manos del coronel Zenteno Anaya, el reloj Rolex a la muñeca del general Ovando y la pipa al bolsillo del sargento Bernardino Huanca. Se dice que la campera ensangrentada la guarda el pueblo de Valle Grande y que no quiere soltarla a ningún precio. Uno de los soldados que participó de esas operaciones trató de quedarse con los mocasines que el propio Guevara se había hecho con piel de montuno, pero como eran de cuero mal tratado, con la humedad se descompusieron.

NOTAS

1 Según confirmaciones posteriores, Barrientos y Ovando recibieron la noticia de la captura del Che el 8 de octubre.

2 No se conocen indicios de que la voz del Che haya sido grabada en sus últimos momentos y conservada en archivo alguno.